

CRÓNICA

JESÚS MARÍA HERNÁNDEZ BASURKO, OCSO

EL TESTIMONIO ESPERANZADOR DE LA VIDA MONÁSTICA (XXX Semana de Estudios Monásticos)

Han pasado los meses pero siguen vivas –y con toda su fuerza de retos– las esperanzas que se pusieron de manifiesto en la última Semana de Estudios Monásticos, que se volvió a celebrar en su ritmo bianual, en su ya XXX edición, el pasado mes de septiembre de 2005, en el santuario de Loyola, cuna de san Ignacio, en Guipúzcoa, España, y que volvió a acoger a más de cien participantes entre monjas y monjes de España y Portugal, y –por vez primera– de Italia: benedictinos/as, cistercienses, jerónimas, agustinas, carmelitas, trinitarias, dominicas, y un nutrido grupo de seglares, que en cada nueva edición se va haciendo más significativo, y que sigue poniendo de manifiesto el valor que está alcanzando la vida monástica en el campo eclesial y aún fuera de él.

El lema, en esta ocasión, fue “Seréis mis testigos”, y los objetivos: ahondar en la experiencia y el testimonio contemplativo, no sólo desde la tradición monástica del pasado sino, sobre todo, desde el desafío que la sociedad actual plural, indiferente y descreída, nos plantea.

Quiso ser la culminación de una trilogía temática que había comenzado en la Semana del 2001 con el lema “Relectura de los valores esenciales del monacato en el nuevo milenio”, que continuó en 2003 con “El evangelio como norma suprema de vida monástica”, y que quería terminar vislumbrando su proyección evangelizadora en el hoy concreto.

Así lo señaló en la apertura la entonces presidenta de la Sociedad de Estudios Monásticos, Kandi Saratxaga, abadesa cisterciense de Lazkao, Guipúzcoa, afirmando que la vida monástica está obligada a ser hoy testigo ante el mundo de los valores evangélicos a los que hace referencia y, por ello, tiene que encarnarlos haciéndolos “vida comestible” para el hombre de hoy.

Desde este convencimiento afirmaba que el desafío que el *novum* del tiempo en que vivimos nos lanza es “el de ser testigos del acontecimiento Cristo y serlo de manera significativa”.

Dinámica activa

La dinámica de la semana conjugó las ponencias con las mesas redondas, los trabajos en grupos y las puestas en común, que se realizaron por las tardes, con lo que se consiguió una Semana ágil, viva y participativa, que permitió contrastar todo lo expuesto con la realidad de las comunidades concretas, e intuir conjuntamente caminos de futuro.

Cada jornada se abrió con el Oficio de *Laudes* y la Eucaristía, presidida cada día por uno de los ponentes. El resto de la mañana repartía su tiempo en dos ponencias, separadas por un breve descanso, que servía para tomar un café y compartir impresiones de lo escuchado.

Los ámbitos de las comidas, y los espacios posteriores, dieron pie especialmente para la convivencia fraterna y el encuentro. El día culminaba con el rezo de Vísperas y la cena, y la prolongación del compartir.

Día 13 de septiembre: Testigos apasionados

Abrió la Semana el claretiano José Cristo Rey García Paredes, teólogo de la Vida Religiosa y catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca. Su ponencia, bajo el título que acogía el lema de la Semana “Seréis mis testigos”, vino a poner la base bíblico-teológica del testimonio cristiano para situar el anhelo de testimonio de la vida monástica dentro del espacio amplio que abarca a toda la vida religiosa y a toda la iglesia.

Esbozó las características del testigo y del testimonio de todo cristiano, que calificó como un «afectado, que se sabe amado y, por eso, se convierte en un enamorado de Dios y de la vida: “Paciente” del Dios de la alianza con su pueblo, suscitando pasión por Dios y por el ser humano; insertado en el mundo, testigo de un Dios de la encarnación, no metafísico; capaz de irradiar sin esfuerzos, manifestando que está habitado, sembrado; capaz de dialogar con otras creencias y las víctimas de la incredulidad; humilde al reconocer que llevamos un tesoro en vasijas de barro y que no somos testigos solos, sino con otros y con Jesús; de ahí la importancia de la comunitariedad, de abandonar el

individualismo y de ser capaces de pasar de ser estrellas a ser constelaciones; conscientes de que somos testigos de un Dios misterioso y, por eso, testigos y peregrinos sin tener siempre una palabra definitiva».

Después del descanso, la segunda ponencia, dada por el teólogo Saturnino Gamarra, decano de la Facultad de Teología de Vitoria, vino a completar este comienzo reafirmando que este Dios del que estamos llamados a ser testigos no es otro que el Dios de Jesús, pero con un testimonio nacido de la experiencia, para que pueda ser intuido en un clima donde su existencia está tan cuestionada, y no transmitamos sólo creencias.

Desde ese convencimiento insistía Gamarra en potenciar la “relación” con Cristo, porque sólo se puede hablar de lo que se sabe, de lo que se ha visto y oído. De esta manera aseguraba que “sólo los habitados por la experiencia religiosa” pueden convertirse en testigos y el testimonio se convierte en irradiación del ser.

Todos estos presupuestos generales ponían la base y situaban la realidad monástica en el amplio campo eclesial de los seguidores de Jesús. Desde ahí la llamada e interpelación a la vida monástica se percibía clara, por sentirnos urgidos de un modo especial a transparentar el misterio y la presencia del Dios de Jesús.

Estímulo amigo

La tarde trajo un cambio significativo que resultó directamente interpelador para todos. Una mesa redonda formada por seglares cercanos a la vida monástica, que la aprecian y la quieren, manifestaron sus sentimientos y convicciones sobre ella.

Destacaron cómo en la búsqueda de Dios, a través del silencio, la adoración, la austeridad, la acción de gracias y la alabanza, los monjes y monjas aportamos a la sociedad actual el recuerdo de lo trascendente, convirtiéndonos en “despertadores” de la conciencia de Dios.

Subrayaron la calidad humana y cristiana que transparentamos, la alegría, la vida comunitaria sencilla, austera, pobre, pero llena de ternura y humanidad, y la acogida sencilla, beneficiosa, que contagia experiencia de Dios.

Pero todos estos signos positivos no apagan las carencias, que también señalaron y para las que ofrecieron sus sugerencias.

Nos pidieron coherencia, aceptar nuestras pobreza en paz y con paz, que la clausura no sea separación, sino medio de vivir en comunicación más intensa con el mundo y la Iglesia; y que ofrezcamos espacios y acompañamiento para aportar espiritualidad.

Insistieron en la importancia de la formación para entender con hondura nuestra propia vocación y dialogar desde ella con el hombre de hoy; ser vidas creativas, ofreciendo nuevas formas de celebración y de encuentro con Dios; vidas gratuitas, capaces de ternura y compasión verdadera; vidas abiertas a las que sea fácil acceder, en la liturgia, la acogida, la disponibilidad; vidas esperanzadas que alienten siempre.

Unidos a estos deseos, que en parte se descubren y despuntan en muchos ámbitos de nuestro monacato, no ocultaron algunos antitestimonios que descubrían: cierta falta de renovación, un olvido de la dimensión de encarnación, falta de ilusión y conformarse con “ir tirando”.

Desde esta visión un tanto crítica, pero hecha desde la confianza y delicadeza, lanzaban tres retos al monacato de nuestros días: estar abiertos a la escucha del Espíritu; libertad para recrear los valores monásticos; y no ocultar el verdadero rostro de Dios, teniendo presente que la humanidad, la ternura y la caridad está por encima de todo.

Las conclusiones de esta mesa sirvieron para el trabajo en grupos, con dinámicas diferentes de trabajo conducidas por el carmelita Pedro Navajas, especialista en este tipo de actividades.

Día 14 de septiembre: Ofrecer autenticidad

Este segundo día de ponencias dio un giro a esa introducción teológico-bíblica del primer día, para ir abriendo campos concretos del testimonio monástico.

Correspondió el turno a Joan Carles Elvira, benedictino del monasterio catalán de Montserrat, doctor en filosofía, con la ponencia que tituló “Testigos en medio de la indiferencia religiosa”.

Dibujó el panorama en el que nos movemos: una cultura plural y secularizada, donde al mismo tiempo se está produciendo una vuelta a lo espiritual, aunque de una forma que definió como un tanto “salvaje”, aclarando que no significa una vuelta a lo institucional.

Desde esta perspectiva, afirmó que tendremos que aprender a vivir en medio de la indiferencia a lo largo de una o dos generaciones, como en una especie de “travesía por el desierto”, teniendo presente que, en este tiempo y en este ambiente, sólo se mantendrá en pie lo que pase por la “prueba de

la autenticidad”. Pero no una autenticidad moral sino existencial. Es decir, la que se apoya, no en los valores establecidos, exteriores al sujeto, sino en los que asume y se radican en la libertad.

En esta situación Elvira señaló que en este ambiente el monacato deberá asumir estructuras más elásticas, en búsqueda siempre de lo que es esencial. Necesitamos, dijo, monasterios más abiertos, no cerrados sobre sí mismos, y para ello hay que aprender a “interiorizar el desierto encontrándolo en nosotros mismos”, conjugar una mayor flexibilidad en lo exterior con una mayor firmeza en la interioridad.

Con el avance de las ponencias se iba dibujando con más claridad el marco en el que nos movemos los monjes y monjas de hoy, cuyas líneas de fuerza se iban subrayando cada vez más e iban situando nuestra vida y nuestra presencia con unos rasgos también definidos y concretos como respuesta.

Un paso hacia una relectura necesaria de los pilares en los que nos sustentamos la insinuó el también benedictino de Montserrat, Pius Tragán, teólogo, exdecano del Instituto Anselmiano de Roma.

Inciendo en esa línea que abre al futuro, hizo una llamada a releer con claves actuales la Regla de san Benito para responder a su espíritu y al hoy en el que estamos llamados a continuarla. La misma nueva lectura, dijo, que san Benito hizo en su tiempo para responder a su momento concreto. Como clave se centró en tres aspectos concretos y nucleares: la liturgia, el trabajo y el abad.

Destacó la importancia del Oficio divino comunitario, no sólo como un acto de culto a Dios, sino como un servicio del pueblo, que afecta al mundo y nos integra en él: de ahí la necesidad de su adaptación. La liturgia hace presente a Dios en el mundo y por ello “supone un reto de transformación de la persona y del mundo”, no es sólo un ámbito que nos eleva en espiritualidad etérea.

Del trabajo destacó la fuerza comunitaria que le dio san Benito, y señaló que, así como el trabajo doméstico sigue siendo válido y necesario, el exterior ya no puede ser como antes, sino cualificado y de calidad, y por lo tanto organizado de forma diferente. Según su opinión, el estudio, y lo que de él se deriva, como una *lectio* aplicada con atención o como “fe que enriquece el intelecto”, está llamado a ocupar un lugar importante.

En cuanto a la figura del abad, recordó algunas actitudes destacadas por san Benito, que lo quiere atento a su comportamiento, al consejo, a los monjes necesitados en sus diferencias. Desde ahí señalaba la importancia de los consejeros, como auténticos intermediarios de la comunidad; los grupos de trabajo que permitan realizar actividades, proyectos, ejecutar trabajos, preparar estudios; la potenciación del trabajo en equipo para evitar personalidades solitarias y, más personalmente, como hermenéutica propia de su importante servicio, señaló la necesidad de que tenga presente el equilibrio de la *Regla* y la fidelidad a la Escritura, para saber cuáles son sus actitudes nucleares.

La tarde dio un giro y resultó especialmente peculiar y amena. La primera parte de ella fue para que los grupos ultimasen el trabajo iniciado el día anterior a la luz de su reflexión sobre la mesa redonda, y preparasen la puesta en común.

Esta vino después del descanso y resultó entretenida, original y rica. Guiados por el carmelita Pedro Navajas cada grupo tuvo que “representar” de una manera diferente sus conclusiones, llegando a la dramatización y a la expresión corporal, lo que permitió crear un clima de atención y de distensión, de humor y de profundidad al mismo tiempo, de riqueza comunicativa que hizo destacar el mensaje y las habilidades de muchos.

Día 15 de septiembre: Comunidades inculturadas

Pasó un día más y, como es habitual, el clima de la Semana se fue haciendo más intenso, tanto en los contenidos como en las formas.

El primer ponente fue Notker Wolf, abad primado de los benedictinos, que se iba a encargar de situar el testimonio de nuestra vida en el marco de la Iglesia plural. Por eso comenzó recordando que nuestro testimonio no es genérico sino que está llamado a tener su concreción en cada lugar donde se asienta un monasterio.

No se trata –decía– de cuál es el testimonio de la vida monástica en general en la Iglesia y en el mundo, sino “cuál es el testimonio propio de este monasterio, en este lugar concreto y en esta iglesia”, y así incidía en la necesaria inculturación, que exige conocer y vivir con la gente.

Desde ahí fue haciendo un recorrido del modo en que las diferentes comunidades benedictinas en las distintas partes del mundo intentan responder a cada realidad, desde sus valores específicos, destacando la dimensión de “buscadores de Dios”, hombres y mujeres de Dios, por eso solidarios y “ejemplos de humanidad”.

Insistió en que lo nuclear de nuestra vida no es lo que hacemos, sino lo que “somos”, por eso invitó a ir más allá de las formas externas para ir a lo nuclear: la oración, el silencio de escucha, la reflexión y la alegría. En resumen, señalaba que lo importante es el testimonio de “una vida sincera y verdadera”.

Ese testimonio en medio de la pluralidad no quedaba agotado con la aportación del abad primado, porque ésta es una realidad amplia que interpela por muchos costados a nuestra vida monástica.

Así lo hizo ver Ramón Álvarez, benedictino de Silos, historiador, que habló de ser testigos “en medio de la búsqueda plural”, es decir en medio de otros muchos buscadores, haciendo referencia a otras religiones y otros modos de espiritualidad.

En medio de esta amplia realidad, que cada vez tiene más eco, señaló la necesidad de reconocer sinceramente todo lo que hay de verdadero y santo en los otros caminos, especialmente en las otras religiones. En ellas no sólo tenemos que ver “semillas del Verbo” como decía san Justino, sino “un verdadero don del Padre a su Hijo”.

Teniendo esa actitud como base que abre al respeto, a la escucha, e incluso al aprender, el ponente presentó el aporte que en medio de esa amplia pluralidad puede dar el monacato.

Destacó el testimonio de la humildad, en la que los monjes estamos llamados a ser maestros, como un aporte específico importante para el diálogo interreligioso. La contemplación y la alabanza a un Dios en cuyo seno estamos unidos con toda la realidad, y que se nos ha manifestado como Padre presente en toda la historia salvífica. El sentido unitario de la vida que permite abrir el camino para la unión de las dimensiones masculina y femenina de Dios, que es uno de los retos de la teología y del pensamiento feminista actuales al que todas las religiones están llamadas a responder.

Día 16 de septiembre: Ampliar lazos

Nos situamos en mitad de la Semana, momento de hacer una parada, dejar serenar la información que se iba recibiendo, tomar el aire, y convivir con más amplitud.

El monasterio benedictino de Belloc, en Francia, fue el destino principal. El día acompañó: sol con temperatura suave. Allí nos esperaba la comunidad de hermanos, con quienes compartimos la Eucaristía. Después de la comida vendría la visita al monasterio, su interior y su bosquecillo, para continuar con un paseo hasta el cercano monasterio de hermanas benedictinas.

La vuelta por la bella costa vasca, nos permitió conocer la original iglesia de San Juan de Luz, todavía en Francia, y sus típicos edificios. Algunos pudieron pisar el agua de su playa, pero brevemente, ya que la lluvia empezó a hacerse presente. Continuaríamos hasta Fuenterrabía en Guipúzcoa, para recorrer un rato su paseo marítimo y emprender ya la recta final para llegar puntualmente a la hora de la cena.

Habíamos recobrado fuerzas para afrontar la segunda parte, que prometía ser también intensa.

Día 17 de septiembre: Apuntando al amanecer

El título hablaba del ser “testigos en la noche”, pero la mirada se dirigía al amanecer, y en ese clima, al despertar un nuevo día, nos situó Dom Bernardo Olivera, abad general de los cistercienses de la Estrecha Observancia, quien partiendo de la realidad de tantos signos de “noche” como se hacen palpables en la vida monástica, invitó a la esperanza, interpretándolos como “una oportunidad maravillosa para renovarnos”.

Comenzó señalando que cuando hablaba de noche se refería a la producida por el impacto sufrido por la nueva realidad cultural que ha dado lugar a una precariedad existencial y espiritual que hace que muchas comunidades se asomen a un futuro incierto.

Apoyándose en la “*kénosis* de Dios” que acaba en exaltación, dom Bernardo marcó unas convicciones operativas: “Abrazar la noche de la precariedad como una magnífica oportunidad para crecer en fe, esperanza y caridad; evitar vanos y superfluos lamentos, ya que el 80 % de la humanidad se encuentra en situación aún más precaria y sombría que nosotros; recordar que una *Regla* es tal porque es recta y lleva rectamente al fin propuesto, mientras que una observancia literal desvía del objetivo y tuerce al observante; desconfiar de esquemas mentales, jurídicos e institucionales que apagan la brasa que aún arde debajo de las cenizas; jamás sacrificar personas al servicio de tradiciones y costumbres, estructuras y proyectos que han perdido su sentido y vigencia actual; no confundir espiritualidad con ideología, la primera es portadora de vida, la segunda es mutiladora; soñar comunitariamente la utopía de una vida monástica anclada en la experiencia mística fundante del monaquismo y lanzada hacia el encuentro con Quien cada día nos sale al paso en el seno de la comunidad; abrirse críticamente al diálogo pluricultural y generacional reconociendo que los jóvenes son también creadores de cultura; pedir al Espíritu capacidad de riesgo a fin de aventurarse por caminos desconocidos y correr la gran aventura que consiste en dejarse guiar y llevar por Él; abundar en paciencia presente a fin de rebosar en esperanza futura; entrar en la escuela nocturna del arte del buen morir, sabiendo que la promoción depende del arte diurno del bien vivir; y, por último, abundar en el buen humor, sobre todo cuando el

humo nubla, los ojos lloran, el aire falta y el fuego quema”. Este testimonio inicial –terminaba diciendo– “podrá ser enriquecido si se lo encarna en una vida radicalmente evangélica y monásticamente esencial”.

Junto a estas convicciones apuntó a lo nuclear, afirmando que “es evidente para todo buscador de Dios que lo más importante es el encuentro con Él, ya que la vida monástica carece de sentido sin la unión mística o contemplativa con el Dios que llama, purifica, desposa y transforma”.

Por eso terminaba diciendo que si vivimos enraizados en Jesús, mediante una vida monástica cristalina y evangélica, seremos también buena noticia para un mundo famélico de felicidad y una iglesia sedienta de Dios Amor.

Le siguió Alejandro Masoliver, cisterciense del monasterio de Poblet, quien abrió la ventana de la historia, para descubrir en ella las luces y las sombras del monacato a lo largo de ella, los momentos en los que se vivieron con fuerza los grandes ideales y las épocas de mayor oscuridad, que también enseñan a relativizar ese pasado que a veces se quiere perpetuar, como si hubiese sido lo mejor y hubiese que volver a él.

Así recordaba las antítesis entre los grandes ideales del comienzo, de renuncia y desprendimiento ante grandes adquisiciones, y las dilapidaciones y nepotismos de segundos momentos.

Pero no podía dejar de destacar el testimonio y modelo que ha supuesto su presencia: su trabajo por la cultura, la acogida a pobres, enfermos y necesitados. Sus ideales de martirio, es decir de testimonio profundo y radical, el anhelo de ser “otros Cristos”, para terminar diciendo que a pesar de las contradicciones humanas, no se han apagado esos anhelos y en esa tensión y en ese deseo sigue moviéndose el monacato de hoy.

Testigos alegres

Esa tarde nos iba a traer nuevas sorpresas. En su primera parte los grupos pudieron conversar sobre las preguntas dejadas por Dom Bernardo en su ponencia. La segunda parte permitió al que lo desease participar en una visita guiada por el santuario y la casa de san Ignacio de Loyola. Otro grupo dedicó ese tiempo a preparar una ponencia especial que tendría lugar después de la cena y que, aunque no llevaba título, se iba a dar en llamar el “testimonio de la alegría”.

No se trató de nada teórico, fue una “ponencia” práctica donde todos participamos de alguna manera. Unos con su aportación artística concreta, danzas regionales vascas, indias, sevillanas, representaciones, mímica, poesía..., es decir, alegría, mucha alegría sencilla, cercana, fraterna, que vino a ser como un apretón más a esos lazos que cada Semana monástica termina consiguiendo.

Día 18 de septiembre: La fuerza de la comunión

El domingo no nos iba a regalar su descanso, aunque su víspera nos había dejado su gusto festivo y alegre. La semana continuaba su ritmo y no bajó la guardia en la fuerza de sus ponencias.

Uno de los pilares de la vida monástica, ampliamente surgido en todas las ponencias, iba a dar forma a esta jornada, comenzando con la Hna. María Reis, benedictina del monasterio de Roriz en Portugal, que nos presentó como “testigos de la comunidad monástica”.

Habló de ella como un desafío diciendo que «sería absurdo que los consagrados, llamados a ser por vocación “expertos en comunión”, fracasásemos en nuestra misión profética, dejando de lado el proyecto de koinonía que nos es pedido por Dios y por la Iglesia», y por eso “no podemos renunciar a ser artífices de comunión, a vivir y a difundir la comunión con los otros, y en ellos, con Dios”.

Por eso aseguraba que construir comunidad viva es hoy uno de los desafíos más urgentes si queremos seguir respondiendo a nuestra condición de ser signo escatológico que el Espíritu nos ha concedido. Así manifestó su convencimiento de que “una comunidad que irradia paz, fraternidad, alegría de vivir, en la cual cada miembro es valorado y querido, ofrece un testimonio evangelizador muy positivo a cuantos contacten con ella; y ello a pesar de las dificultades que puedan surgir, que desde la comunión serán ciertamente superadas.

Después de la habitual parada, contribuidora también de este gran comunidad monástica temporal, donde se ponía cada día de manifiesto que las diferencias no son causa de separación sino de enriquecimiento, la ponencia del Hno. Enrique Mirones, cisterciense del monasterio de Sobrado en La Coruña, ahondó en lo dicho anteriormente reafirmando nuestra dimensión testimonial “en comunión con el mundo”, ayudando a recordar que la comunión con los hermanos de dentro, está llamada a proyectarse en comunión con los hermanos de fuera, porque “lo humano tiene que ser el ámbito sagrado donde el monje y la monja deben buscar a Dios”, porque es en todo lo humano donde Dios habita; de ahí la necesidad de que sepamos convertir nuestros monasterios en laboratorios de humanización, por el

clima interior que se respire y por la apertura a todos aquellos que trabajan por hacer un mundo más humano, un signo de fraternidad.

En concreto habló de nuestras hospederías diciendo que no son casas de retiro solamente, sino que tienen que ir mucho más allá y estar abiertas para acoger a todas las pobrezas humanas, y a todos los que trabajan por ellas, pero para eso es necesario sentirse parte de esa humanidad herida, y que el monasterio sea espacio de salvación y de vida, y por eso sensible a todos los signos de vida.

Día 19 de septiembre: Pluralismo y apertura al espíritu

Entramos en la recta final y el último día nos va a dejar palpando el aire del Espíritu que nos invita a seguir caminando y a estar muy atentos a sus intuiciones.

La centralidad de la vida comunitaria se volvió a poner de manifiesto con la ponencia de la benedictina Montserrat Viñas, abadesa del monasterio de San Benet de Monsterrat, pero haciendo hincapié en el aspecto peculiar de la pluralidad.

Partía de la experiencia de que son los mismos candidatos que se acercan a nuestros monasterios quienes vienen buscando comunidades vivas, que respondan a sus inquietudes. Lugares donde se sientan acogidos y comprendidos, donde puedan desarrollarse como personas. Comunidades abiertas y atentas a nuestro mundo actual, dividido, complejo, desestructurado, que evoluciona a un ritmo vertiginoso. Un mundo en búsqueda y con un gran deseo de paz.

En esta realidad expresaba que conjugar comunión y pluralismo son dos retos en este momento actual, que está creando tantos fundamentalismos, por lo que el nuevo modelo de vida monástica está llamado a conjugar comunión y diálogo, respeto y tolerancia.

Y esto lo afirmaba no para parecer simplemente hombres y mujeres modernos sino auténticamente espirituales, pues la comunión y el pluralismo deben ser signos de mística y profecía en nuestra sociedad dividida, e invitó a no sucumbir al desánimo.

Para esta abadesa “tenemos mucho camino que recorrer” y la pasión por Dios nos tiene que cerrar a las formas caducas y abrirnos a la nueva realidad, dando lo mejor, sin falsas humildades, poniendo en juego todos los talentos que hemos recibido. Si somos capaces de eso podremos mostrar, decía, nuestra vida comunitaria como un diamante que brilla desde la diversidad de sus aristas, que es lo que le da belleza y valor.

La última ponencia de la Semana vino a cargo de Kándida Saratxaga, abadesa cisterciense de Lazkao, en Guipúzcoa, y vino a poner la guinda de todo lo expuesto a lo largo de los días, en el deseo de abrir las mentes y los corazones al Espíritu, en el que radica la fuente de toda la respuesta de la vida monástica a los retos que nos lanza la Iglesia y el hombre de hoy, tal como ella misma hablaba en la apertura de la Semana.

En medio de esta realidad, la M. Kándida se preguntaba si la vida monástica está a la altura de los tiempos, abierta al Espíritu o si sigue centrada en sí misma, aferrada a sus seguridades, y recordaba una frase de Merton afirmando que “la vocación del monje no es sobrevivir sino profetizar”.

Como consecuencia brotó una llamada a volver a lo esencial, a la vocación originante, recordar a Jesús que es el inicio de todo, renovar la experiencia de lo divino, la atracción amorosa, retornar a la experiencia fundamental de nuestro carisma, que no fue otro que la pasión por Dios, y ser así testigos de su existencia y su presencia. Conjugar el *semper* del hecho revelado y el *novum* de la historia de cada día desde Cristo.

Testimonio vivo de las generaciones

Las ponencias habían llegado a su fin pero todavía la tarde de este último día nos guardaba su último regalo, el de una mesa redonda formada por monjas y monjes de diferentes generaciones que aportaron su testimonio personal y concreto desde el sentirse parte de una generación concreta.

Tres preguntas suscitaron el diálogo, los valores de cada generación, la aportación de una generación a las otras y la aportación más específica de cada uno.

Los jóvenes destacaron como valores de su generación la radicalidad y la coherencia, la alegría, la espontaneidad y la generosidad, la vitalidad, una visión más actualizada de la realidad, más apertura y deseos de comunitariedad, así como entusiasmo, apertura a nuevos valores de solidaridad, de diálogo interreligioso y de mayor compromiso.

Por su parte la edad media señaló como más propio el deseo de ir a las fuentes, la apertura para vivir los valores del Reino, y el riesgo del desaliento.

Los mayores daban un paso para ofrecer como característica la fidelidad a Dios, la entrega generosa, el esfuerzo de adaptación postconciliar que habían tenido que realizar, y también el esfuerzo de una humanización de la vida monástica. Testimonio valiente y sincero que no escondió lo negativo, y

así hablaron de superficialidad, dispersión, activismo, añoranza del pasado en algunos sectores e, incluso, falta de autenticidad

En cuanto a la aportación de una generación a otra los jóvenes reconocían haber recibido la ilusión para seguir adelante, la confianza de que el ideal monástico se puede vivir, la experiencia de donación y entrega, de austeridad y sacrificio, y una gran capacidad de cambio.

Los mayores recogían de sus mayores el amor al coro y a la alabanza, el testimonio de oración, el amor a la comunidad y, en especial, a los jóvenes. Mientras que de los jóvenes percibían su riqueza humana y su sensibilidad ante valores nuevos como la solidaridad, la justicia, la alegría y la dignidad de la mujer.

En cuanto a lo que cada generación se siente capaz de aportar como específico, los jóvenes volvieron a recalcar la coherencia y la generosidad, la unión del “y” (Dios y el hombre), el deseo de fidelidad, la propia juventud, la actualización de los valores perennes, y una mayor tolerancia.

La edad media se manifestaba capaz de aportar el deseo de vivir de una experiencia teologal, de una interioridad con Jesús y dar esperanza a los mayores.

Por su parte, los mayores mostraron como su aportación peculiar el valor de la palabra dada, de una vida coherente con lo profesado, el testimonio de mantenerse fieles al evangelio, el amor manifestado en mil formas, madurez monástica que se manifestará en fe y abandono porque se sabe de quién se ha fiado, y que sólo Él permanece.

Con esta jugosa y vital aportación concluía la Semana Monástica. Quedaba sólo el balance de la asamblea y la oferta de sugerencias. La valoración fue la de una Semana rica, intensa, ágil y, con algunas pequeñas aportaciones, la voz unánime pidió seguir en esta misma línea. Es algo que hay que mantener en su estructura, y en su duración porque se ha ido convirtiendo en un momento fuerte formativo y esperanzador para muchas comunidades.

Con ese aire de esperanza, de cansancio también por lo que supone un tiempo fuerte y continuo de atención, y por la fuerza de tantas experiencias vividas y compartidas, concluyó una nueva Semana Monástica que se había convertido ella misma en testimonio vivo. Por ello dejó mucha ilusión en el aire y en los corazones, mucho realismo también, y el sentimiento de que si en Loyola acababa algo, la segunda parte continuaba en nuestras comunidades y en cada uno. Las despedidas así lo dejaban entrever y en el ambiente parecía flotar el lema que nos había acompañado y ahora quedaba resonando en nuestro interior: “Seréis mis testigos”.

*Monasterio de Zenarruza
48279 Zenarruza (Vizcaya)
España*